

ELEMENTOS PARA LA CATEGORIZACIÓN
DEL NUEVO NACIONALISMO LATINOAMERICANO:
ARGENTINA, BRASIL Y MÉXICO

Rogelio Regalado Mujica (BUAP)
Luis Ochoa Bilbao (BUAP)

Bajo el Volcán, año 16, número 24, marzo-agosto 2016

Fecha de recepción: 8 de septiembre de 2015

Fecha de aceptación: 7 de enero de 2016

INTRODUCCIÓN

El nacionalismo como discurso se ha transformado desde finales del siglo xx y a principios del siglo xxi. En el sistema internacional conformado por Estados nacionales, se sigue apelando a identidades particulares y excepcionales que explicarían la identificación de distintos grupos humanos con naciones particulares. Pero las retóricas y las narrativas nacionalistas han modificado sus argumentos. Lo que se aprecia es una gradual reconfiguración del discurso nacionalista que, en sus orígenes, era un discurso fuerte, segregacionista o racista, exclusivista y antagonista y con claros tintes autárquicos y beligerantes. El nacionalismo clásico era guerrero, igual convocaba a la lucha por la independencia como al resguardo de la soberanía o al intervencionismo por razones ideológicas. En el siglo xxi se aprecian nuevas narrativas nacionalistas impactadas por la globalización, el cosmopolitanismo, el multicul-

turalismo, el multilateralismo, la defensa de valores universales como los Derechos Humanos, la democracia y el libre mercado.

El propósito de este ensayo es reflexionar sobre las transformaciones de las narrativas nacionalistas en América Latina, centrándose en los casos de Argentina, Brasil y México, para describir los elementos constituyentes de sus versiones clásicas y ubicar las narrativas contemporáneas dentro de la gama de nacionalismos que se aprecian en el siglo XXI. Para lograrlo, comenzamos con un apartado en que se señala la definición que se utilizará de nacionalismo y se describen las características fundamentales de los nacionalismos contemporáneos. Posteriormente, se analizan cada uno de los países que se eligieron como objeto de estudio y se ofrecen en un último apartado algunas consideraciones generales.

DEL NACIONALISMO CLÁSICO AL NUEVO NACIONALISMO

El nacionalismo se entiende en este trabajo como un discurso, una narrativa o una retórica cargada de valores simbólicos y que pretende ofrecer certeza de identidad a un grupo humano numeroso que se identifica como parte de una nación. Esta definición pretende, a pesar de sus limitaciones, conectar las conceptualizaciones más certeras sobre el nacionalismo: Benedict Anderson y la noción de comunidad imaginaria; Hardt y Negri con la idea de nacionalismo como secularización y sustitución del modelo absolutista y religioso de Europa; Alain Touraine y la visión del nacionalismo como el elemento de identidad comunitario de la modernidad. De manera generalizada, se acepta que el nacionalismo surgido en Europa se expandió por el mundo y sigue siendo en la actualidad la forma de identificación colectiva más aceptada y efectiva, cuya vigencia no está en discusión.

Las retóricas nacionalistas, como se ha estudiado ampliamente, surgen de las élites y poco a poco van permeando al resto de la sociedad. Pero el nacionalismo adquiere también los matices

que le irán otorgando los segmentos sociales y las distintas generaciones que lo viven y lo difunden, en el eterno juego dialéctico que hace del nacionalismo un fenómeno vivo y en constante transformación. A partir de la noción de ideología propuesta por Reboul, el nacionalismo es una ideología porque tiene un sustrato político que se expresa en las retóricas nacionalistas. Y siguiendo a Foucault, el nacionalismo como discurso puede ser a la vez un instrumento y efecto del poder, y un obstáculo, tope, punto de resistencia y de partida para una estrategia opuesta (Foucault, 1993: 122). El camino seguido por ambos pensadores fue distinto; Reboul se concentró, en *Lenguaje e ideología*, a analizar las figuras retóricas prominentes de los discursos ideológicos, mientras que Foucault reflexionó en su obra los alcances y límites del poder en una relación dialéctica que construye significados y que “constituyen tanto subjetividad como relaciones de poder” (Ball, 1990: 2-3).

Para los propósitos de este trabajo, ambas perspectivas son complementarias. En el análisis del discurso o de las narrativas nacionalistas queda de manifiesto tanto la intencionalidad política de pintar en los ciudadanos de un Estado un horizonte de valores, historias y símbolos compartidos que fomenten la construcción de significados que no sólo le resultan fundamentales a los receptores del mensaje sino también a los emisores. Y que logren, como objetivo central, la fidelidad de un grupo humano hacia los valores, las historias y los símbolos que enarbolan un discurso nacionalista que promueve su defensa.

Es aquí donde la noción de ideología de Clifford Geertz (1987) se convierte en una herramienta importante para justificar el análisis del nacionalismo como discurso. Geertz le da a la ideología el papel de una acción social orientada a otorgarle sentido a las relaciones sociales y así interpretarlas para que el obrar de los individuos tenga significado. Como lo sintetiza Ariño, “las ideologías desempeñan la función de “definir (u oscurecer) las categorías sociales, estabilizar (o perturbar) las expectativas sociales, mantener (o minar) normas sociales, fortalecer (o debilitar) el consenso social, y aliviar (o exacerbar) tensiones sociales” (Geertz, citado

por Ariño, 2007: 147). La ideología, pues, es el “sistema de creencias mediante el cual los seres humanos interpretan el mundo y producen significado” (Ariño, 2007: 147).

El nacionalismo cabe perfectamente dentro de esta concepción. Otorga significado tanto a los emisores como a los receptores del discurso nacionalista. Por esta razón resulta sencillo trazar los ejes generales de cualquier discurso nacionalista. En el caso latinoamericano, tras la independencia los nacionalismos promovían la defensa del suelo patrio. Entre el siglo XIX y el XX los nacionalismos iban de la mano con la construcción de las instituciones y del Estado y comenzaron a crearse los elementos identitarios históricos que los caracterizan en la actualidad. Por ejemplo, la herencia europea de la nación argentina, las contribuciones africanas en Brasil y el indigenismo en México.

Los nacionalismos clásicos se construyeron pensando en la originalidad y excepcionalismo que le quería otorgar a sus naciones. También, los nacionalismos clásicos buscaban defender a toda costa la integridad territorial y la soberanía política del Estado. Esos nacionalismos apelaban a la guerra o a la construcción de enemigos con el fin de lograr, como ya se indicó, la fidelidad hacia un proyecto nacional.

Lo que se propone este ensayo es identificar los cambios en las narrativas nacionalistas de Argentina, Brasil y México y ubicarlos dentro de los tipos de nacionalismos que se pueden encontrar en la actualidad. En la primera década y media del siglo XXI se pueden apreciar diferentes tipos de nacionalismos cuyos matices comienzan a delinear nuevas formas de identidad colectiva. Se pueden encontrar nacionalismos clásicos con retóricas ideológicas-fundamentalistas, otros con reivindicaciones nacionalistas decimonónicas, otros de corte clásico, unos más aspiracionistas y otros más de corte postmoderno. A continuación se describen cada uno de ellos.

a) Nacionalismos clásicos con retóricas ideológicas-fundamentalistas. Este tipo de nacionalismo se expresa ante la recomposición del sistema internacional tras el final de la Guerra Fría. Pero no es el

nacionalismo de los procesos secesionistas en la antigua URSS y la ex Yugoslavia, es el también denominado “hipernacionalismo” de las potencias globales o regionales, fundamentalmente Estados Unidos y Rusia y, en menor medida, el nacionalismo Sudcoreano, Iraní, Chino e Israelí. Su característica primordial es el llamado a la fidelidad nacional en momentos de crisis o de conflicto. Y este llamado intensifica las diferencias con el otro o con los otros. La alteridad es construida como el mal fundamental contra el que se debe luchar. Es una especie de llamado a la batalla que ningún ciudadano del Estado nacional en cuestión se atrevería a poner en duda. Esa fue la retórica de la guerra contra el terrorismo emprendida por Estados Unidos, su manifestación en el caso ruso contra los separatistas chechenos o con las múltiples acciones bélicas del estado israelí en contra de Palestina. La sola idea de un “eje del mal” supone la clasificación entre aliados y enemigos y el Estado nacional que califica dicho eje del mal exige de sus connacionales, al menos, un silencio casi cómplice ante las acciones justificadas o no de sus gobiernos.

b) Nacionalismo con reivindicaciones decimonónicas. En este caso se encuentran dos subdivisiones: 1) el nacionalismo antiimperialista y; 2) el nacionalismo en busca de Estado.

1. El nacionalismo antiimperialista recoge la retórica decimonónica de las amenazas externas del mundo desarrollado y de determinados países que buscan en su poder someter a las naciones de la periferia. Esta retórica ha sido usada recientemente en América Latina, fundamentalmente en el cinturón anti neoliberal que va de Cuba y Argentina, hasta Venezuela y Bolivia. El discurso apela a la unidad nacional y el amor al suelo patrio ante las amenazas y agresiones externas como la intromisión estadounidense en Venezuela o el bloqueo contra Cuba o ante el renacimiento de la disputa por las islas Malvinas entre Argentina y Gran Bretaña.

2. El nacionalismo en busca de Estado se refiere a la lucha de colectividades que reivindican su derecho a la autodeterminación como en los casos de Escocia, Kosovo, Catalunya, el País Vasco en Europa, el Kurdistán en el cercano oriente. Osetia del Sur en Asia central y Palestina en la península arábiga, sólo por mencionar algunos. La característica principal de este tipo de nacionalismo es que pareciera que las reivindicaciones deben ser codificadas en lenguajes modernos y “civilizados” que apelen a proceso de consulta democráticos como referéndums. El uso de la violencia, de la guerrilla o del terrorismo cancelaría posibilidades de éxito y así se planeta, al menos, desde la perspectiva de las reivindicaciones nacionalistas ciudadanas de Europa.

c) Nacionalismo clásico. Prácticamente las formas del nacionalismo clásico son seguidas en todos los países del orbe. Se refiere a sentimientos de unidad ante eventos deportivos internacionales, a la educación cívica y nacionalista de valores patrios, a la exaltación de la nación mediante la novela, el cine o el arte en general. Conviven aquí los modelos tradicionales educativos con la difusión del nacionalismo banal también conocido como patrioterismo o chauvinismo. El elemento central de este tipo de nacionalismo es la condición de ciudadano. El miembro de un Estado nacional debe ser, a la vez, un ciudadano con la posibilidad de ejercer derechos y de verse obligado a cumplir con determinadas responsabilidades. Hay derechos elementales como el tener un nombre, la identidad ciudadana (cédula de identidad, pasaporte, número de seguridad social), la educación, el libre tránsito y otros que no son precisamente universales e incluyentes en todas las naciones. Hay obligaciones como el pago de impuestos que también aportan una cuota de identidad nacional determinada.

d) Nacionalismo aspiracionistas. En este caso se incluyen los discursos nacionalistas que le imprimen una visión de futuro promisorio a determinados países. Por ejemplo, las naciones que componen

lo que hoy se conoce como los BRICS, (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) difunden a sus ciudadanos y ante el mundo contenidos discursivos que los hacen ver y verse ellos mismos como Estados nacionales progresistas, con potencial de crecimiento económico y desarrollo social y con claras aspiraciones de poder global. En determinados momentos, el discurso apela a recrear historias de pasado colonial esclavista que una vez superado le otorga al Estado nacional un potencial cosmopolita y multicultural, como ocurre con Brasil, Sudáfrica e India. En el caso ruso se reivindica el esplendor de su poderío imperial regional hasta el siglo XIX y la reconstrucción de su poderío de alcance global como durante los años de la Unión Soviética. En el caso chino, se expresa como el momento culminante de la civilización sínica y se difunde mundial. En el cuarto apartado se presenta un análisis más extendido a partir de un estudio de caso de las formas retóricas del nacionalismo aspiracionista en el siglo XXI.

e) Nacionalismos postmodernos. De la misma forma que los clásicos, los nacionalismos postmodernos están relativamente extendidos y presentan también una característica particular en lo que se refiere a la construcción de ciudadanía. En primer lugar, el servicio militar se vuelve opcional y eso no demerita el sentido nacionalista de quien decide no hacerlo y, por ende, de quien renunciaría a pelear por su estado nacional. En segundo lugar, la libertad de tránsito entre dos o más Estados nacionales también otorga una definición legal de ciudadanía extendida, como ocurre entre los miembros de la Unión Europea, entre Estados Unidos y sus fronteras con Canadá y México o entre los miembros del Mercosur y sus estados Nacionales vecinos. En algunos casos el pasaporte es la cédula de identidad regional y en otros la cédula de identidad nacional exime la obligación de cargar con un pasaporte. Pero la característica más llamativa de los nacionalismos postmodernos es que los Estados nacionales están aprendiendo a vivir con ciudadanos que pueden llegar a tener hasta tres pasaportes de naciones diferentes. Por ejemplo, un argentino de nacimiento tiene

el pasaporte de su país, y si vive en México lo puede adquirir por residencia permanente, y si tiene antepasados italianos también puede solicitar el pasaporte de ese país por su origen. Ese ciudadano es, en realidad, ciudadano de toda la Unión Europea, a la vez que del Mercosur y de la región de Norteamérica. Es un ciudadano que abraza los derechos y obligaciones del país en donde reside, pero que no renuncia a los derechos y obligaciones de sus otros países. El requisito de la fidelidad está prácticamente cancelado en este tipo de casos.

LAS NARRATIVAS NACIONALISTAS CONTEMPORÁNEAS EN AMÉRICA LATINA

Tras esa breve descripción, se revisan a continuación las narrativas nacionalistas de Argentina, Brasil y México con el propósito de identificar los nuevos matices de identidad colectiva que se expresan fundamentalmente en los discursos de los líderes políticos. Este apartado está compuesto por el Análisis Crítico del Discurso a partir de la metodología propuesta por Van Dijk, realizado a 40 discursos políticos de los presidentes de los tres países estudiados durante los primeros 15 años del siglo XXI. Cada estudio de caso va acompañado de una breve introducción histórica. Este ejercicio debe entenderse como un primer acercamiento, ya que un estudio completo de las nuevas narrativas nacionalistas también puede contemplar una valoración sobre la recepción y las interpretaciones que se hacen de dichas narrativas.

a) El nacionalismo Argentina

En un comienzo, la diferencia más visible de Argentina con Brasil y México es la condición europeizada que caracteriza a su construcción nacional. Carente de importantes poblaciones indígenas o de algún otro elemento que fungiera como símbolo para el desarrollo del nacionalismo, Argentina encuentra en el futuro más que en el pasado los cimientos de su nacionalidad, tal como lo menciona Devoto (2002, citado en Bohoslavsky, 2006: 3):

La arqueología argentina tampoco logró encontrar evidencias físicas que permitieran la invención de una *gran cultura* de la cual proclamarse heredero. Para la generación de intelectuales y políticos argentinos de 1837 “la nación era más un proyecto de futuro que un pasado” y el pasado no constituía “siquiera un punto de apoyo para construir alguna forma de culto cívico o para inventar una tradición en la que los habitantes presentes y sobre todo futuros pudieran reconocerse”.

Específicamente, el pueblo argentino establecería los pilares de su nacionalismo principalmente en dos elementos: el suelo y las inmigraciones europeas. A lo largo del siglo XIX y principios del XX, estos dos elementos conformaron la fuente más fructífera para el sostenimiento de la nación argentina. Sin embargo, en los albores del siglo XX pareciera que se gesta un ciclo nuevo en el nacionalismo. Es decir, el nacionalismo argentino surgido a raíz de la independencia y el rescate de las estructuras coloniales, así como la definición de la nación a través de la otredad representada por las guerras de expansión territorial contra los indígenas, tal como “la Conquista del Desierto” que ha sido sumamente estudiada bajo distintos enfoques,¹ terminaron por modificarse en las primeras décadas del siglo XX.

¹ Ejemplo de esto son los estudios de Nagy (2013) que explica las consecuencias de la Conquista del Desierto en las poblaciones indígenas, mientras que Ingrid de Jong (2010) se ocupa de su impacto en los intentos “civilizatorios” de la nación.

A pesar de que existen constantes que se mantienen en la identidad argentina, hay también cambios fundamentales que encuentran su encumbramiento en la etapa peronista. El crecimiento económico de la época marcaba por sí mismo una nueva era para la nación, haciendo de ella un Estado moderno y capaz de competir con las potencias mundiales de igual a igual. Buenos Aires llegaría a considerarse una de las capitales más desarrolladas del mundo para ese entonces, y la nación argentina podía pensar que el momento de potencializarse había llegado.

Bajo el gobierno de Juan Domingo Perón, contextualizado en el complejo ambiente internacional que se vivía en la primera mitad del siglo xx, surge la tesis de la “Tercera Posición”, que ha sido definida por del Barco (1983) como un punto fuera del individualismo capitalista y del colectivismo comunista; el capitalista porque sometía a los hombres a la frialdad y egoísmo del dinero; el comunista porque los sometía al poder aplastante y totalitario del Estado. La identidad argentina, pues, intentaba separarse tanto de las oleadas comunistas como capitalistas.

Durante esta etapa, la imagen de la nación se veía permeada por la Iglesia Católica, por lo que autores como Mallimaci (2008) la han denominado la “Argentina Católica”. Así pues, el catolicismo fue implantado como religión oficial y, aunque existieron crisis entre el gobierno y la institución eclesiástica, la identidad aportada por la religión se incrustó en la médula espinal de la identidad argentina trasgrediendo las dificultades del siglo xx.

Además, Perón dirigió la gestación de un nacionalismo basado primero en la hispanofilia y luego en la latinidad. La primera, prácticamente consistía en estrechar los lazos con España, subrayando que en este Estado se pueden ubicar las raíces de la argentinidad. No obstante, es probable que esta relación con lo hispano fuera sólo una justificación que explicara los lazos entre el régimen de Franco y el de Perón, puesto que al tiempo que la relación entre los mandatarios se ve afectada, Perón sustituye el uso de la hispanidad por el de la Latinidad, como sugiere Raanan (1990).

La Latinidad, pues, fue la que logró realizar no solamente una identidad para con los propios a través de valores compartidos de fácil identificación, sino además supuso la diferenciación con América del Norte. Sumado a esto, la latinidad buscaba la unión de otros Estados de la región que simpatizaran con esta idea y se condujeran bajo el liderazgo de Argentina.

Más tarde, la dictadura militar se encargó de controlar a la nación a través de la violencia mucho más que del recurso de la ideología nacional. No obstante, cuando la capacidad de la Junta Militar se tornó frágil, hábilmente surgió una herramienta histórica del nacionalismo argentino: la valoración del territorio.

Con la pelea por la defensa del suelo representada en las Malvinas, el gobierno de Galtieri logró unir a la población en contra de la Gran Bretaña como enemigo común y evitar aún más la polarización interna. En realidad, el recurso a la guerra siempre ha sido útil ancestralmente para la elevación del nacionalismo y la unidad nacional. En este ejemplo, la convocatoria a la guerra resultó útil gracias a la sensibilidad del pueblo argentino en cuanto a la posesión del territorio. Al respecto Guber (2012: 27) señala:

En suma: durante los 74 días de presencia argentina en las Islas Malvinas los argentinos y extranjeros residentes en nuestro territorio actuaron la exaltación de una comunidad de signo inverso a décadas de persecución y exclusión política y social. La gran paradoja es que dicha unidad fue implementada por una dictadura militar ya impopular, gracias a un caro símbolo nacional cultivado en casi cien años de historia.

El siglo xx se cierra con la caída de la dictadura y el comienzo de la vida democrática, lo que marcó un nuevo ciclo en la concepción de la nación. Como se indicó al inicio de este trabajo, el siglo xxi trae consigo una reconfiguración del nacionalismo. A través del análisis de los discursos oficiales en Argentina es posible observar las nuevas rutas retóricas establecidas por este país.

Al momento de estudiar los discursos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner como presidentes de la república, es posible afirmar que el nacionalismo sigue tan vigente como en el siglo xx: sin embargo, sus dinámicas se han modificado notablemente en lo que respecta a la práctica discursiva contrastada con el pasado inmediato.

Como recién mencionamos, el nacionalismo de épocas anteriores ocupaba elementos referentes a la tierra, a la proveniencia de los ciudadanos, la religión practicada, entre otros similares. Para este siglo xxi, es posible conceptualizar el nacionalismo argentino en los siguientes puntos:

1. Democracia y Derechos Humanos: como consecuencia del reciente pasado enmarcado por la dictadura militar, los mandatarios argentinos se propusieron crear una nueva imagen en la que destaca, como principal rasgo de la Argentina, el respeto a los Derechos Humanos y a la democracia. Así, cada vez que los mandatarios se pronunciaron tanto en foros internacionales como internos en sus respectivos periodos, se ocuparon por subrayar su restauración como una nación plenamente insertada en las dinámicas dominantes del mundo como lo son los temas de democracia y Derechos Humanos.
2. Rechazo al funcionamiento de instituciones internacionales: como una tradición inaugurada por Néstor Kirchner y continuada por Cristina Fernández de Kirchner, la Argentina se delinea como una nación que rechaza el funcionamiento de algunos mecanismos internacionales, especialmente los financieros, proponiendo su modificación para así propiciar un mayor grado de justicia e igualdad entre las naciones desarrolladas y en vías de desarrollo.
3. Defensa de las Malvinas: los discursos oficiales de ambos periodos no quitan el dedo del renglón sobre las Malvinas. Sin embargo, a diferencia de lo sucedido en la última década del siglo xx, cuando se desató un conflicto bélico, el tema se aborda pacíficamente, apelando a la legalidad

conforme el derecho internacional y otras instituciones de corte similar para justificar sus reclamos. En este sentido, el proyecto entra al terreno del multilateralismo.

4. Integración regional y globalización: Argentina reconoce la identidad compartida con otros Estados latinoamericanos y no más con europeos. A través de los lazos que estrecha con sus pares, acepta que la globalización es un fenómeno indiscutible, pero las formas de participar en sus dinámicas deben ser responsables. Así pues, se esfuerza por implementar asociaciones regionales, por lo que busca estrechar lazos de forma económica, política y social en Latinoamérica. Además, para actuar en la globalización se inclina por proyectar una imagen que va del interior al exterior y no al contrario, como sucede en muchas otras naciones del mundo.

Es posible decir, a través del análisis de los discursos oficiales en Argentina, que el país ha sufrido una clara reconfiguración con respecto a los siglos pasados. Definitivamente, la globalización y sus procesos han sido pieza fundamental en esta transformación que atestiguamos, además de ser también parte de un producto histórico que mantiene determinadas constantes pero innegables variables.

Finalmente, podemos ubicar a Argentina claramente dentro de una de las categorías establecidas en la primera parte de este trabajo. Principalmente, la nación albiceleste del cono sur presenta claros rasgos del nacionalismo decimonónico antiimperialista, además de que se reivindica a partir del nacionalismo económico y se propone como un modesto líder regional. En general, el discurso oficial argentino nos muestra que incluso cuando se mantienen constantes en relación al pasado, la forma de pronunciarse ahora está permeada por las dinámicas globalizadoras.

b) El nacionalismo en Brasil

El país latinoamericano que más atención ha recibido en los últimos años es Brasil. El desarrollo económico desplegado ha demostrado que la nación amazónica puede tener un papel mucho más importante que antaño. Calificada como una potencia emergente, Brasil muestra diferencias importantes con Argentina y México respecto a su papel de líder regional y con miras globales.

De la misma manera que Argentina, Brasil tenía poblaciones indígenas poco significativas para ser usadas como llamado a la unidad al momento de construir la nación. Sin embargo, el impacto de estas poblaciones no fue tan marginal como en Argentina. A lo largo de la conformación de Brasil, se retoman ciertos elementos, sobre todo relacionados con el lenguaje y la creación de mitos sobre las virtudes de los pueblos pre-europeos, para consolidar su posición en América.² Sin embargo, entre las diferencias sustanciales con los vecinos se encuentra la colonización por parte de otro actor europeo: Portugal.

La llegada de los portugueses a Brasil significó la constitución de un pueblo que encuentra en sus raíces la recreación de prácticas distintas a las que se sostienen en las colonias españolas. Las nuevas instituciones marcan un evidente cambio que se refleja en la fisonomía y cultura de los pueblos brasileños.

Para el siglo XIX, una de las cuestiones que más afecta la conformación del Brasil es el mestizaje, con énfasis en la contribución de las poblaciones negras. La mayor cantidad de inmigrantes provenientes del África en Latinoamérica la recibió este país, lo que, aunado a las prácticas de mestizaje lusas, se convirtió en una mescolanza profunda que generó una población de colores difumi-

² Para comprender más sobre las poblaciones indígenas en Brasil, es posible consultar estudios como los de Ribeiro (1999) o Meade (2010), que explican desde su desarrollo pre colonial hasta el recorrido histórico que nos trae a la actualidad.

nados.³ En determinado momento de la experiencia nacional, en Brasil los negros representan lo que los europeos para Argentina y los indígenas para México.

Así también, la cultura de cada uno de los grupos en la nación del escudo amazónico (negros, blancos e indígenas principalmente), dio como resultado una población multicultural, que pronto aprendió a convivir con lo ajeno y lo transformó propio. Así lo muestra el caso de la religión, puesto que el catolicismo brasileño se compuso de la diversidad brindada por la mezcla de las distintas poblaciones, además de las tradiciones religiosas paganas, islámicas, africanas y judaicas que los lusos traían desde sus tierras. Al respecto, Mancuso y Torres Londoño (2002: 58-59) indican lo siguiente en un análisis respecto al trabajo de Gilberto Freyre:

Freyre desconfía de los registros normativos y canónicos y da prioridad a la interpretación de las devociones y prácticas religiosas populares. Esto le permite concluir que el proceso que conformó al catolicismo brasileño no fue llevado a cabo por los eclesiásticos, sino por gente como las nodrizas esclavas, los portugueses desterrados y las mujeres indígenas. Así, el autor demuestra la inviabilidad del proyecto de evangelización planeado por la Iglesia y por el Estado, centrado en los misioneros jesuitas y en el clero en general, precisamente porque el plan, para ser concretado, tuvo que ser subvertido por la población brasileña. [...] Al abordar los elementos que considera como constituyentes de la formación sociocultural brasileña –las herencias indígena, portuguesa y africana–, Freyre subraya cómo el catolicismo brasileño es indisociable del proceso de mestizaje racial.

³ Para comprender más sobre las poblaciones indígenas en Brasil, es posible consultar estudios como los de Ribeiro (1999) o Meade (2010), que explican desde su desarrollo pre colonial hasta el recorrido histórico que nos trae a la actualidad.

El surgimiento institucionalizado de la nación también marca una diferencia sustancial con sus vecinos y es determinante para el nacionalismo brasileño. Río de Janeiro fungió como la capital del Imperio portugués, por lo que la forma de vida en el Brasil de esta etapa cambió notablemente hacia las tendencias europeas (Fiorin, 2009: 117). Definitivamente, la otredad personificada en los portugueses que ya habitaban el Brasil y los que llegaron con el traslado de la capital, mostraron a la población mestiza un camino para la generación de identidad. Sin duda, alguna los mestizos no eran lusos ni negros, tampoco indios: eran brasileños.

Además de la otredad que el Reino de Brasil trajo consigo, durante su existencia, se realizaron actos que fortalecieron la conformación de un Estado-nación brasileño, como ejemplifica el periodo de Pedro II que, tal como lo explica Mendible Zurita (2011: 116-117), se convirtió en el gran artífice de la unidad del país, estableciendo, entre otras cosas, los límites territoriales similares a los que se aprecian en la actualidad.

Tras una independencia concedida con las mayores facilidades por parte de Portugal, la vida del Brasil como Estado-nación siguió en una lucha constante por dejar de ser vista como una extensión de Portugal y más bien ser reconocida por sus características propias. Para el siglo xx la formación de la República brasileña es el primer paso en este cometido.

En las primeras décadas de los 1900's, Brasil se constituye como una república de trabajadores libres, comenzando un proceso de modernización en todas las esferas, siendo una de las más destacadas la implantación de la Constitución de 1891, en la que se abordaban las siguientes directrices:

[...] adoptar el sistema federal, vieja aspiración que databa de los primeros días de la monarquía. Las provincias se convirtieron en estados; se introdujo la separación Iglesia y el Estado, y también el matrimonio civil, la libertad religiosa, la secularización de los cementerios (antes dependían de la Iglesia o de las cofradías) (Iglesias, 1994: 19).

El sistema federal se implementó de manera moderada, dando así poca autonomía a los Estados, intentando homogeneizarlos lo suficiente para darle sentido a la unidad nacional. Otra parte importante de la definición brasileña en las primeras décadas del siglo xx tiene que ver con una corriente que se extendía por gran parte de América Latina y que apelaba al “blanqueamiento” de las poblaciones. Esto sucedía porque Europa jugó un papel fundamental en la modificación del pensamiento de élite, que cada vez simpatizaba más con Occidente y, por lo tanto, la vida intelectual, artística y cultural en general, adoptó las formas europeizadas.

Sin embargo, en el *Estado Novo* de Getúlio Vargas es en el que podemos encontrar un contraste en la formación brasileña. Es a partir de este periodo en que la proyección de lo brasileño adopta muchas de las formas que conocemos en la actualidad y que se popularizaron de manera efectiva, por ejemplo con la *samba de exaltação* personificada en la figura de Carmen Miranda. La cantante nacida en Portugal encajó en un proyecto que alimentaba la pertenencia a Brasil como un deber y que intentaba profundizar su cultura por todos los sectores.⁴

Así como la samba,⁵ surgen otros símbolos nacionales resultado de la habilidad política del *Estado Novo* pero también de la

⁴ “Carmen está dentro de um discurso densamente sedutor, no qual representa a popularização dos ideais governistas e alimenta a imagem do “tipo brasileiro” (como ela mesma se autodenominou), o que significava traçar uma fronteira entre o certo e o errado, entre o natural e o excluído, ao mesmo tempo em que se quebrava com os significados pré-estabelecidos sobre o cidadão brasileiro e como estavam embutidos no contexto social. Carmen Miranda foi apenas um dos artificios de uma política de unificação e identificação nacional, cujo percurso é narrado por várias vozes” (Macedo, 2012: 383).

⁵ La posibilitación de la samba como imagen de lo nacional entra en el proyecto de Getúlio Vargas denominado “democracia racial”, puesto que el género en sí mismo promovía las virtudes del mestizaje brasileño, tal como lo señala Estupiñán (2011).

recuperación natural de la cultura ya de por sí trazada en las ciudades brasileñas.

El proyecto se fortaleció también de un rechazo a lo extranjero en materia comercial que le otorgó cierta popularidad a Getúlio Vargas, convirtiéndose así el Brasil de los brasileños más que ningún otro momento en el pasado.

Para la segunda parte del siglo xx, el proyecto de nación modificó sus pilares, estableciendo uno nuevo que giraba en torno al Brasil industrializado, moderno y en potencial desarrollo. El gobierno de Kubitschek argumentó en sus discursos determinados valores que respaldaban la autonomía económica a Brasil:

El desarrollo es la clave para la consolidación de una nación capaz de reciprocitar en la prosperidad, la injusticia y seguridad... [e]s la lucha por la defensa del estilo de vida que hemos adoptado, dados nuestros valores cristianos, amor a la libertad y a la democracia (Kubitschek, 1956, citado en Rossoto, 2007: 346).

Como parte de los “regímenes de seguridad nacional” que brotaron en buena parte de América Latina, se implementó una dictadura que convirtió al país en uno sumamente represivo, lo que devino en el enervado descontento social que desató la violencia y propagó determinada inestabilidad. Con el final de la Guerra Fría, nuevos espacios de competencia se abrían. Como respuesta a esta problemática surgió el periodo conocido el “Milagro Brasileño”, en el que se inyectaron largas sumas de capital extranjero. Así pues, el nacionalismo de los militares, sensible como lo describe Lafer (2002: 123) que proclamaba la autonomía del Brasil, se observa como un tanto contradictorio, puesto que las finanzas, una de las partes que más afectaba el sentimiento nacionalista, recaía en capital extranjero.

Seguramente, en lo que respecta a esta investigación, el restablecimiento de la democracia, la creación de una nueva constitución y el Brasil después del milagro del que habla Celso Furtado

(1983), son los elementos pilares que hay que rescatar de las últimas décadas del siglo xx. De esta manera, el derrumbe del orden bipolar y la esperanza del surgimiento de uno multipolar fue bien aprovechada por Brasil. La gestación de un nuevo nacionalismo para el siglo xxi comenzaba a asomarse.

Brasil entra al nuevo milenio con una característica que ni México ni Argentina eran capaces de sostener. El desarrollo económico que se dispara con Lula da Silva le da la posibilidad de ser un actor de escala global y convertirse en una nación tomadora de decisiones mundiales. Así pues, el nacionalismo que los presidentes de Brasil del siglo xxi exponen se define como multicultural, diversificado, democrático, capitalista, participativo e incluyente.

Sin duda, Brasil es uno de los actores que encuentra en la globalización una ventaja, por lo que técnicamente intenta desarrollar una imagen de su país que se exporte al exterior. El liderazgo regional que ejerce le ayuda a la proyección de esta imagen, de la misma forma que los eventos internacionales desarrollados en suelo brasileiro.

Así pues, analizando los discursos de Lula da Silva y Dilma Rousseff, es posible decir que la reconfiguración del nacionalismo brasileño en este siglo, radica principalmente en los siguientes puntos:

1. Economía emergente: El crecimiento que mantuvo principalmente en la primera década del siglo xxi pudo ofrecer una imagen de un Brasil capaz de beneficiarse de los procesos de la globalización e imponerse como una economía emergente con influencia regional y más tarde internacional. De esta forma llega a formar parte de los BRICS's (Brasil, Rusia, India, China y recientemente Sudáfrica), grupo de países reconocidos mundialmente por tener posibilidades de ser los principales actores en la economía mundial para el 2050, según lo enunció Jim O'neil en un informe para Goldman Sachs.
2. Líder de los países en vías de desarrollo: durante el gobierno de Lula da Silva, Brasil se confirmó como un país capaz

de llevar la voz no solamente de los latinoamericanos, sino de las naciones en vías de desarrollo. Fundamentalmente, los mandatarios brasileños establecieron una perspectiva de Brasil que era capaz de desafiar el estado de las cosas para favorecer, en un futuro cercano, a los desfavorecidos históricamente. Es necesario destacar que este argumento se transforma conforme la presidencia de Da Silva avanza, primero cambiando de tono, puesto que mientras al principio se muestra propositivo y mesurado con los países desarrollados, después, al adquirir cierto prestigio internacional, le da un grado mucho más alto de exigencia a sus demandas. Finalmente, en el periodo de Rousseff que aún se encuentra en el cargo, este discurso se diluye paulatinamente, debido a las crisis económicas por las que atraviesa y los consecuentes reclamos sociales.

3. País multicultural: Brasil se congratia de ser una nación multicultural resultado de un proceso histórico que pasa de ser una desventaja para convertirse en una virtud. Los discursos de los mandatarios brasileños se esfuerzan por demostrar que el no ser una nación homogénea culturalmente les ha favorecido, puesto que los hace mucho más incluyentes, ergo, democráticos.
4. El Brasil participativo: a raíz de los lazos que estrecha con gran cantidad de naciones en el mundo, sobre todo con las que comparte procesos históricos similares (países postcolonial tal como sus socios latinoamericanos, India o Sudáfrica; orígenes de la población negra que lo acercan al continente africano; etc.), Brasil no solamente participa en los foros exclusivos de las naciones con capacidades hegemónicas y establece relaciones cooperativas con los países desarrollados, sino más bien con casi todas las naciones en el mundo.

El nacionalismo brasileño del siglo **xxi** sin duda se ha transformado. De manera clara entra en la clasificación de los aspiracionis-

tas, puesto que evidentemente le imprime a la nación una visión de futuro promisorio, recreando en el discurso historias del pasado colonial que le otorgan un potencial multicultural.

c) El nacionalismo en México

A diferencia de Argentina y Brasil, México es un país cuyo territorio fue ocupado por gran parte de las civilizaciones prehispánicas más importantes de América. A la llegada de los españoles, las estructuras de los pueblos indígenas fueron imposibles de borrar por completo, por lo que surge un sincretismo profundo que sienta las bases de lo que más tarde sería México. En general, estas dos etapas (el México prehispánico y la colonia) surten una gran cantidad de elementos sobre los cuales basar el nacionalismo del siglo XIX y más tarde del siglo XX.

El comienzo de México no puede abordarse separado del virreinato de la Nueva España. Las estructuras que se fundan durante esta etapa, sin duda alguna posibilitaron el surgimiento de la nación actual. Es decir, tanto el sincretismo como la mezcla cultural y biológica que se permitieron gracias a las prácticas coloniales, dieron a la nación determinadas características particulares que gestaron un principio de identidad.

Así pues, el nacionalismo propiamente mexicano de principios del siglo XIX encuentra sus bases en el criollismo pre-independiente, como bien lo demuestra la religión, por poner un ejemplo, con su personificación en el culto a la Virgen de Guadalupe.⁶

Sin embargo, poco a poco este nacionalismo decimonónico comenzó a encontrar retos importantes para su definición al en-

⁶ David Brading (1988) realizó una obra fundamental para comprender el nacionalismo mexicano. En su obra titulada *Los orígenes del nacionalismo mexicano* explica ampliamente el lugar que la Virgen de Guadalupe ocupó en la conformación de la identidad mexicana, además de en muchos otros textos especializados.

frentarse a las amenazas externas. Al ser una nación recién independiente, México tenía la tarea de construir una identidad propia y exclusiva que le diera la unión necesaria y fuertes sentimientos patrios para que sus habitantes estuvieran dispuestos a defender el Estado e incluso morir por él.

La primera etapa de construcción nacional fue sumamente compleja. La lucha de independencia había dejado muy mal parado al nuevo Estado. Su territorio estaba mal comunicado y despoblado en algunas zonas, sobre todo en el norte, donde el expansionismo estadounidense se mostraba como una amenaza latente. Por si fuera poco, un endeudamiento voraz pasaba factura por los años revolucionarios.

Era importante que en esta primera etapa se cumplieran varias labores. Como indica Zoraida Vázquez:

la nación quedaba frente a la ardua tarea de controlar el territorio, reanudar el cobro regular de impuestos, despertar la lealtad en los ciudadanos y lograr el reconocimiento internacional para regularizar sus relaciones con el exterior (2010: 149).

El reconocimiento llegado a México por parte de naciones extranjeras comenzó el inicio de un intento por consolidar al país. Sin embargo, la guerra contra Estados Unidos dio a México un símbolo de otredad generador del nacionalismo defensivo –como lo ha denominado Lorenzo Meyer (2006)– sostenido durante muchos años. Sin embargo, la pérdida del territorio mexicano expuso la necesidad consolidar a la nación, mientras que ésta mantenía una lucha interna entre liberales y conservadores urgida de finalizar.

No cabe duda de que uno de los periodos más importantes para la solidificación del nacionalismo mexicano tiene sus registros en la presidencia de Juárez. Durante su gobierno ocurrieron cambios sustanciales en la conducción de la nación como es testigo la Constitución de 1857 y en 1859 las Leyes de Reforma. Sin embargo, uno de los sucesos más importantes en el periodo se encuentra en la guerra sostenida entre México y Francia:

La guerra se inauguró con un desastre militar para los hombres de Napoleón III, la famosa derrota del 5 mayo de 1862 en Puebla. Esta victoria de un ejército irregular frente a la máxima potencia militar europea, tuvo fuertes repercusiones en el viejo continente ya que ponía en evidencia las debilidades políticas y militares del segundo imperio francés, y cuestionaba la aventura mexicana del sobrino de Napoleón Bonaparte (Ramírez Peraza, 2011: 99).

La Batalla del 5 de Mayo es un recurso imprescindible para el nacionalismo mexicano. A pesar de que después del triunfo en Puebla se instaurará el Imperio mexicano con Maximiliano a la cabeza, el evento causaría un efecto de engrandecimiento de la armada mexicana, y por lo tanto de la nación en sí misma. Un mito triunfalista se esparce alrededor del suceso. Además, tiene el valor agregado de no solamente ser una batalla ganada por soldados adiestrados, sino que fue una batalla donde la participación del pueblo, y sobre todo de la población indígena, hicieron del sitio un éxito trascendental.

Tras la intervención francesa y con el liderazgo de Juárez, los liberales lograron el triunfo y por fin se pudo pensar en la profundización de un nacionalismo que encontraría estructuras mucho más sólidas durante el porfiriato. La estabilidad brindada por Porfirio Díaz generó que la nación comenzara a presentarse como una de paz, seguridad y desarrollo, por lo que las relaciones exteriores comenzaron a estrecharse.

El proyecto de nación que Díaz trazó se preocupó ampliamente por el exterior. De esta manera fue que primero se encargó de hacerle frente a los Estados Unidos y demostrar que su independencia no estaba en duda. Esa misma oposición hacia los vecinos del norte le ayudó a conseguir poder político al interior: “Porfirio Díaz descubrió que la hostilidad estadounidense hacia su administración le había ayudado a fortalecer su posición política y a mantener al pueblo unido en su favor” (Velázquez, 2007: 111). Además, Díaz reorientó sus relaciones exteriores, mirando a países

como Inglaterra, Francia y Japón, estrechando relaciones comerciales y diplomáticas para evitar que Estados Unidos adquiriera demasiada injerencia en la región. El gobierno de Don Porfirio se preocupó también por resaltar la capacidad de las naciones latinoamericanas para valerse por sí mismas:

[Porfirio Díaz] se opuso a que Estados Unidos se convirtiera en guardián de América Latina frente a la amenaza europea o en árbitro entre los países americanos, sosteniendo que dicha tarea correspondía a las propias naciones americanas (Speckman, 2010: 205).

Todo esto ayudó a la promoción de un nacionalismo mexicano entre la población que también empleó nuevos métodos para su difusión. De esta forma, se invirtió en las artes, con especial impacto en la literatura y la arquitectura, así como en la educación.⁷ La nación que se promovía en ese entonces tenía que ver con un México en proceso de modernización, que reconocía su pasado prehispánico y se enorgullecía de los actos que lo había posicionado en donde se encontraba. No obstante, la consolidación del nacionalismo mexicano comenzado en esta etapa no terminó de completarse sino hasta el bien entrado el siglo xx.

La Revolución Mexicana trajo consigo cambios sumamente importantes para el entendimiento de la nación. Técnicamente, la transformación más importante del nacionalismo mexicano revolucionario tiene que ver con que adopta un sentido más popular, dejando de ser un nacionalismo de élite:

⁷ De este periodo es que surgen obras literarias como la mítica enciclopedia *México a través de los siglos*, que relataba la historia del país. También, la transformación arquitectónica de la Ciudad de México se tradujo en un sinónimo de modernidad, cimentándose en esta etapa el Paseo de la Reforma, el monumento a Cuauhtémoc, el hemiciclo a Juárez, entre otras obras. Sin duda, el estudio de Moya (2007) sobre este fenómeno puede dar un panorama mucho más amplio al lector sobre la cuestión.

Al concluir la fase armada de este conflicto, pese a que no resultó un triunfador inequívoco, por razón natural las preocupaciones sociales de los ideólogos del movimiento quedaron plasmadas en un nacionalismo popular –contrapuesto al elitista de Porfirio Díaz– que cristalizó en la Constitución de 1917 (Mabire, 1999: 482).

Para lograr un nacionalismo popular, no fue posible tomar al indigenismo como la única bandera. Una gran parte de la población, y sobre todo la población urbana, no era indígena y, por lo tanto, poco tenía para identificarse con esta propuesta. La homogeneización de la nación tenía que encontrar sus raíces en un rasgo compartido por un espectro más amplio de la población: el mestizo.

En este momento, los grandes delineadores de la nación, como José Vasconcelos por ejemplo, se encargaron de la creación de un imaginario sobre un México que podía enorgullecerse de su identidad expresada a través de la cultura en manifestaciones relacionadas con la pintura, la música, la danza o el cine. El México mestizo también supo aprovecharse del contexto internacional para generar un nacionalismo económico, como indica Segovia (1968: 355), que encuentra una de sus máximas expresiones en la nacionalización del petróleo. Este tipo de nacionalismo que exaltaba lo propio como herramienta para el funcionamiento de la economía a partir del desarrollo interno, se observa también en las otras naciones estudiadas.

Para la segunda mitad del siglo xx, el discurso del nacionalismo revolucionario se encontraba ya gastado, era poco convincente y se había convertido en un lugar común de una élite en el poder que para entonces poco se identificaba con los planteamientos revolucionarios (Pérez Montfort, 1999: 178), por lo que se recurrió a una nueva formulación que mostrara una versión más moderna de México.

La definición de México como una nación que se desprendía de los intereses estadounidenses para levantar la mano como líder de Latinoamérica era cada vez más evidente. El crecimiento económico del país solidificó esta postura que se vio reflejada en los

foros internacionales, especialmente con la promoción de la firma del Tratado de Tlatelolco. De la misma forma, la organización de los Juegos Olímpicos en 1968 y las Copas Mundiales de Fútbol de 1970 y 1986, demostraron la capacidad modernizadora de México.

Para finales del siglo xx, México consolidó su asociación al sistema neoliberal dictado directamente desde los Estados Unidos, lo que suponía un giro del nacionalismo mostrado hasta el momento. De esta forma México se enfrentaba al nuevo milenio y los discursos de los presidentes demuestran que existe un cambio relativo en comparación con el pasado.

A diferencia de los otros países estudiados, en el México del siglo XXI la Presidencia ha sido ocupada por lo que se conoce como la alternancia política: Vicente Fox y Felipe Calderón por el Partido Acción Nacional (PAN, 2000-2006 y 2006-2012, respectivamente) y Enrique Peña Nieto por el Partido Revolucionario Institucional (PRI, 2012-actualmente en el cargo). Esta situación influyó en la definición de dos tendencias principales de los discursos nacionales:

1. México democrático y global: en los gobiernos de los líderes provenientes de Acción Nacional es posible distinguir a un México que intenta insertarse en las dinámicas mundiales considerándolas vitales para el desarrollo de la nación, sobre todo a través de la globalización comercial. Al mismo tiempo se mantiene pendiente de proporcionar a la democracia un lugar fundamental por el cual México debe ser identificado. Recordemos que Vicente Fox representó un progreso sumamente esperado para la democracia mexicana, de ahí que su presidencia se ocupa de hacer de este logro un símbolo de identidad. La preocupación por las problemáticas globales también fueron fundamentales en los periodos de Fox y Calderón, especialmente en el del segundo, que hizo de los temas globales preocupaciones internas primordiales para México. No obstante, una de las características que más distingue al nacionalismo de los primeros dos periodos es la carencia de definición de la identidad nacional misma, puesto

que a diferencia de en Brasil y Argentina, el gobierno de Fox y el de Calderón, pocos discursos fueron emitidos en donde se evidenciara la preocupación por delinear la mexicanidad y los valores por los que debía entenderse.

2. El modesto aspiracionismo mexicano: la segunda tendencia, proveniente del discurso de Enrique Peña Nieto, tiene que ver con el regreso a la retórica nacionalista que enaltece el pasado del país y que lo utiliza como una vía para proyectarse al futuro. En realidad, el México de Peña Nieto está íntimamente relacionado con las transformaciones que encuentran lugar en las numerosas reformas estructurales. El México de estos momentos se esfuerza por conseguir determinado desarrollo y estabilidad que le permita posicionarse como una nación de mucho mayor peso en el sistema internacional, pero que al mismo tiempo se garantice a través de estos avances un futuro mucho más promisorio para los mexicanos. Aunque definitivamente es temprano para categorizar y establecer un balance de lo que pueda ocurrir en el gobierno de Peña Nieto, es cierto que la línea de acción está trazada sobre la ruta mencionada y muy probablemente se mantendrá en esa postura.

Así pues, la reconfiguración del nacionalismo mexicano en este siglo *xxi* es mucho más difusa que en los otros casos estudiados. Radica, técnicamente, en un modesto aspiracionismo que va cobrando fuerza en el discurso de Enrique Peña Nieto pero que aún no encuentra formas claras sobre las cuales descansar. A diferencia de Argentina y Brasil, México no puede ser claramente clasificado en los tipos de nacionalismos contemporáneos. La debilidad de su conceptualización nacionalista es, probablemente, la mejor manera de describirlo.

CONSIDERACIONES FINALES

Describir las nuevas facetas del nacionalismo contemporáneo en los casos de Argentina, Brasil y México permite abrir un abanico de posibilidades para indagar los mecanismos de construcción de identidades en el siglo XXI. El nacionalismo está transformándose y acomoda nuevas retóricas como el multiculturalismo y el cosmopolitanismo. Al mismo tiempo, las retóricas nacionalistas también expresan los proyectos nacionales y los alcances que cada Estado y sus élites, le otorgan a dichos proyectos. Como se pudo apreciar, las nuevas retóricas nacionalistas en Argentina siguen planteando su rol de nación víctima del sistema internacional, pero a la vez, defiende el multilateralismo como una opción, en lugar de promover el aislacionismo de años anteriores. Brasil, por el contrario, se plantea una retórica nacionalista que aspira a consolidar un proyecto de nación protagónica de alcances globales. Finalmente, México parece no encontrar retóricas que sustituyan al nacionalismo revolucionario a la vez que proyecta una participación discreta en el sistema internacional.

Considerando que el nacionalismo es vigente y se transforma, vale la pena apuntar hacia investigaciones que permitan detectar si las nuevas retóricas nacionalistas impactan los imaginarios colectivos de sus poblaciones. Es posible que la noción de un nacionalismo de corte cosmopolita adquiriera cierto grado de validez, ya que promueve valores de convivencia y tolerancia, por mencionar algunos. Y declarar cosmopolita a ciertos tipos de nacionalismo no es más que ampliar los alcances de los nuevos modelos de identidad colectivos que la globalización de varias formas ha impactado.

REFERENCIAS

- Anderson, B. (1991). *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del Nacionalismo*. México: FCE.
- Ariño, Antonio (2007). "Ideología, sistemas de creencias y representacionessociales". En Cerrato, Javier y Palmonari, Augusto (Eds.), *Representaciones sociales y psicología social. Comportamiento, globalización y posmodernidad* (pp. 138-153). Valencia: Promolibro.
- Bernardo de Macedo, K. (2012). "Carmen Miranda e nacionalismo na década de 1930". En *Revista do Centro de Artes da UDESC*, 9, pp. 380-392.
- Bohoslavsky, E. (2006). *Territorio y nacionalismo en Argentina, 1880-1890: del espacio al cuerpo nacional*. Recuperado del sitio web de HAL-SHS (Sciences de l'Homme et de la Société). Consultado en mayo del 2014. Disponible en: <http://halshs.archives-ouvertes.fr/docs/00/10/42/25/PDF/BOHOSLAVSKI.pdf>
- Brading, D. (1988). *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México: Era.
- De Jong, I. (2010). " 'Indios amigos' en la frontera: vías abiertas y negadas de incorporación al Estado-nación (Argentina, 1850-1880)". En Ohmstede, A., Falcón, Romana y Buve, Raymond: *La arquitectura histórica del poder: Naciones, nacionalismo y estados en América Latina. Siglos XVIII, XIX y XX* (pp. 157-188). México: El Colegio de México/CEDLA.
- Del Barco, R. (1983). *El Régimen peronista, 1946-1955*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Estupiñán, J. (2011). " 'Para que discutir com madame?': samba y nacionalismo en Brasil (1930-1945). En *Revista de História de la UFBA*, III(1), pp. 28-49.
- Falcón, R. y Buve, R. (Coords.), *La arquitectura histórica del poder. Naciones, nacionalismos y estados en América Latina. Siglos XVIII, XIX y XX* (pp. 157-187). México: El Colegio de México.
- Fiorin, J. L. (2009). "A construção da identidade nacional brasileira. Bakhtiniana". en *Revista de Estudos do Discurso*, I(1), pp. 115-126.
- Freyre, G. (1987). *Interpretación del Brasil*. México: FCE.
- Foucault, M. (1993). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.

- Furtado, C. (1983). *El Brasil después del "milagro"*. Ciudad de México: FCE.
- Geertz, Clifford (1987). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Guber, R. (2012). "¿Nacionalismo y autoritarismo? Algunas lecciones de la experiencia de Malvinas". *Praxis Educativa, Revista del Instituto de Ciencias de la Educación para la Investigación Interdisciplinaria*, XVI(2), pp. 19-30.
- Hardt, M. y Negri, A. (2000). *Imperio*. Barcelona: Paidós.
- Iglesias, F. (1994). *Breve historia contemporánea del Brasil*. México: FCE.
- Lafer, C. (2002). *La identidad internacional de Brasil*. México: FCE.
- Mabire, B. (1999). "Dilemas del nacionalismo oficial mexicano". *Revista Foro Internacional*, 158(4), pp. 479-498.
- Mallimaci, F. (2008). "Nacionalismo católico y cultura laica en Argentina. En Blancarte, R. (Coord.), *Los retos de la laicidad y la secularización en el mundo contemporáneo* (pp. 239-262). México: El Colegio de México.
- Mancuso, L. y Torres Londoño, F. (2002). "Los estudios sobre lo religioso en Brasil: un balance historiográfico". *Revista Istor*, III(9) pp. 51-85.
- Meade, T. (2010). *A brief history of Brazil*. New York: Checkmark Books.
- Mendible Zurita, A. (2011). "Brasil: su original independencia nacional y particular evolución dentro del contexto latinoamericano". *Revista Procesos Históricos*, X(20), pp. 11-131.
- Meyer, L. (2006). "Estados Unidos y la evolución del nacionalismo defensivo mexicano". *Revista Foro internacional* 185, XLVI(3), pp. 421-464.
- Moya, A. (2007). "Historia, arquitectura y nación bajo el régimen de Porfirio Díaz. Ciudad de México 1876-1910". *Revista de Ciencias Sociales*, III-IV(117-118), pp. 159-182.
- Nagy, M. (2013). *La conquista del desierto*. Recuperado del sitio web Coloquio, publicación del Congreso Judío Latinoamericano (consultado en mayo del 2014). Disponible en: http://www.congresojudio.org.ar/uploads/coloquio/140/coloquio_version_descarga.pdf
- Pérez Montfort, R. (1999). "Un nacionalismo sin nación aparente. (La fabricación de lo 'típico' mexicano 1920-1950)". *Revista Política y Cultura*, 12, pp. 177-193.
- Raanan, R. (1990). *Hispanidad y oportunismo político: el caso peronista*. Recuperado del sitio web de Estudios Interdisciplinarios

- de América Latina y el Caribe de la Facultad de Humanidades Lester y Sally Entin. Universidad de Tel Aviv (consultado en junio del 2014). Disponible en: http://www1.tau.ac.il/eial/index.php?option=com_content&task=view&id=791&Itemid=267
- Ramírez Peraza, O. (2011). "Juárez y la intervención francesa: la última defensa de la independencia nacional". *Revista de la Contraloría del Poder Legislativo del Estado de México Rc et Ratio*, 3, pp. 93-114.
- Reboul, O. (1986). *Lenguaje e ideología*, México: FCE.
- Ribeiro, D. (1999). *El pueblo brasileño. La formación y el sentido de Brasil*. México: FCE.
- Rossoto, R. (2007). "Agrandando el pastel. Políticas de desarrollo, nacionalismo y relaciones exteriores en el Brasil de los años cincuenta". *Revista Foro Internacional* 188, XLVII(2), pp. 340-368.
- Segovia, R. (1968). "El nacionalismo mexicano. Los programas políticos revolucionarios (1929-1964)". *Revista Foro Internacional*, VIII, pp. 349-359.
- Speckman, E. (2010). "El Porfiriato". En Varios, *Nueva historia mínima de México* (pp. 192-224). México: El Colegio de México.
- Touraine, A. (2000). *Crítica de la modernidad*, trad. de Alberto Luis Bixio. México: FCE.
- Vázquez, J. Z. (2010). "De la independencia a la consolidación republicana". En Varios, *Nueva historia mínima de México* (pp. 137-191). México: El Colegio de México.
- Velázquez, R. (2007). *Bases y fundamentos de la política exterior de México*. México: Plaza y Valdés.

